

titucionales y yo me hubiera guardado de caer en el sistema ridículo, arbitrado tan sólo para salvar á Luis.» Pero toda sensatez, aun la transitoria é increíble de Marat, ajena por completo á su naturaleza y á su alma, debía estrellarse contra la fiebre de aquella Convención, poseída por un delirio colectivo, el cual enardecía más y más su caliente sangre y le devoraba las carnes. Aquello no era un Parlamento, aquello era un aquelarre. Tan pronto se levantaban los girondinos con los puños crispados y los labios vibrantes y los ojos relampagueando á insultar á la Montaña, como los montañeses daban orden á los reunidos en las tribunas para mezclarse sin derecho alguno entre los diputados y golpear á sus contrarios. Las acusaciones se cruzaban, cual bombas asfixiantes, en los aires. El discurso de Chambón contra el ministro de la Guerra, parecía terrible acusación fiscal y no lo parecía menos el discurso decorado y repetido por todos los montañeses contra la persona de Roland. Siempre que Marat á la tribuna se dirigía, cortábanle sus enemigos el paso, como perros azuzados contra jabalíes. Y Marat gesticulaba con gestos tales y hablaba con tales frases, que parecía maullar y arañar como un tigre. De pronto surgían las viudas y los huérfanos del 10 de Agosto vestidos todos de luto y pidiendo pronta venganza que calmase los males de sus deudos. Una ciudad escribía: «maldito sea quien hable de perdón. No debéis sólo juzgar al Rey, juzgad también á la Reina.» Otra ciudad exclamaba, en cartas á la Convención: «os reiteramos las peticiones de castigar al traidor destronado, ¿qué haríamos con este malhechor?» «De las ruinas del trono, exclamaban otros, del trono destruido, se levanta un monstruo, aludiendo á Robespierre. Matadlo».

Todos estos combustibles alimentaban el incendio. Los montañeses creían de los girondinos que iban á disolver la convención; los girondinos creían de los montañeses que iban, ó bien á erigir la dictadura sanguinaria de Robespierre, ó bien á restablecer la Monarquía en el duque de Orleans. Así lanzábanse unos á otros acusaciones tremendas, y mientras la Montaña, en su respectivo furor, decía saber que Roland empleaba los fondos secretos en estipendiar libelistas encargados de maldecir la revolución y restaurar el monarca, la Gironda, en su respectivo furor, tan hidrófobo como el furor de los montañeses, hacía firmar el siguiente cartel dirigido á la Convención: «representantes del pueblo, los mayores enemigos de la República están en vuestro seno. Marat, Robespierre, Dantón, Chabot, Bazire, Merlin y sus cómplices, he ahí los verdaderos contrarrevolucionarios. expulsadlos». No se pensaba cosa ninguna, que no sirviese al ataque permanente de una fracción con otra fracción. Cuando se propuso por el girondino Richaut la supresión de su permanencia en las secciones municipales, golpe asestado al corazón de la Montaña, se armó un tumulto parecido á un encuentro de guerra civil en la calle ó en los campos. Entre tal desate de pasiones quiso Robespierre hablar, pero no le dejaron los girondinos. Apenas había hecho un ademán de comenzar su discurso, cuando le amenazaban tantos puños y le interrumpían tantas vociferaciones, que no pudo usar de la palabra. «La liber-

tad no existe aquí, exclamó el futuro dictador. Y si existe, únicamente la disfrutaban los calumniadores oficiales y los ministros facciosos.» A este rasgo síguese una verdadera nube de flechas clavadas sobre la puerta del orador. Unos interruptores le llaman malvado, otros le llaman cruel. Estos le recuerdan su hipócrita monarquismo de toda la vida, y aquéllos le dan en rostro con las matanzas de Setiembre. Un diputado, especialmente, se acercó tan cerca de su persona que parecía querer abofetearlo, y exclamaba en voces descompasadísimas, blandiendo los brazos, como si fuesen armas:—«mira como no me asustan tus puñales.» «¡Miserable fracción rolandina, gritaba Marat, mientras Robespierre permanecía silencioso y con las manos cruzadas. Miserable fracción rolandina, desvergonzados tunos, traicionáis imprudentemente á la patria.» Los ciudadanos de las tribunas estaban todos de pie y algunos descendían al salón, saltando como en un circo. El presidente quebraba en vano todas las campanillas. Para poner orden sobre aquellos energúmenos, necesitábase cerrar y abrir la sesión, después de haber proclamado las mayores censuras. Ved, lectores, de qué suerte la Convención, apenas nacida, se deshonra y suicidaba. Entre tantas tempestades no veían el extranjero rehecho para invadir á Francia; la crisis del trabajo agravada; las subsistencias rarísimas; el pobre sin faena y sin jornal; las familias en hogares sin lumbre y sin comida; las manifestaciones públicas fomentando por todas partes la guerra social; embriagados por tal demencia los partidos, que sus representantes se mataban unos á otros en las plazas y en los clubs, cual se comen unos á otros los peces en las profundidades oceánicas. Y esta exaltación de los revolucionarios, únicamente servía con sus espasmos epilépticos á exaltar también la reacción. Los partidarios del altar y el trono, aprovechando las fiestas de Nochebuena y Navidad, se reunían en las iglesias, no para fines piadosos, para fines políticos. Los himnos entonados, los cirios encendidos, el incienso puesto en las cazoletas no se dirigían al Rey de los Cielos, dirigíanse al Rey de los franceses. Cada plegaria parecía una sublevación. La Comunidad alarmada mandó cerrar las iglesias. Y esta clausura impolítica hizo que la reunión de fieles dentro de los templos se convirtiera en procesión de realistas por las calles. Así, ardía París en la más terrible de cuantas llamas puede la pasión encender, ardía en las discordias religiosas. Muchos republicanos estaban exentos de toda creencia católica; pero no la totalidad, pues se contaban en su seno varios buenos cristianos. Y, mientras Chaumette, novicio secularizado, se holgaba con cerrar sus tiendas á los curas; la sección republicana del Arsenal, dirigiéndose á la Comunidad, le decía: «los vencedores del diez de Agosto queremos ir á misa por Navidad.»

Imposible meter en la cabeza de nuestros republicanos cuán difícil cosa cambiar las leyes morales y los dogmas teológicos y las prácticas religiosas, que ha consagrado una larga tradición y admitido por mucho tiempo una grande sociedad. Nada les dice la experiencia de todos los días, y quieren promulgar ideas teológicas y traer iglesias nuevas,

como si estuvieran en tiempo de Constantino y de Juliano, y pudieran las conciencias y los espíritus cambiarse á un cesáreo rescripto. Los Estados no pueden dejar de obedecer á las sociedades en materia religiosa, donde las costumbres se imponen á las leyes y á los gobiernos se imponen los ciudadanos. ¿Quién os ha dicho que hubiera logrado la corona de Francia Enrique IV, si no apostata públicamente de la religión luterana y públicamente no se acoge á la religión Católica? En vano aconsejó Antonio Pérez á los aragoneses cambiar de religión, como cambiaron los batavos, si querían desasirse del despotismo de Felipe II como los batavos ú holandeses al cabo se desasieron. Lanuza, para combatir con Felipe II como un héroe moral, y adquirir la corona del martirio como un santo de las Catacumbas, necesitó morir en el seno de la Iglesia Católica y proceder toda su vida, no sólo como un verdadero creyente, como un verdadero devoto. Utanábase Napoleón de haber podido con un decreto hacer á Francia, ó bien Católica, ó bien protestante, después de la crisis revolucionaria y del comienzo de las reacciones monárquicas. Engañábase tristemente Napoleón. El poder imperial encontraba límites infranqueables en la humana conciencia. Tiberio, gran conocedor de lo que podían los Césares, aseguraba serle dado arrancar la cabeza de los hombros á todos los romanos y no serle dado arrancar del alfabeto ni una letra sola. Napoleón, para reconstituir el poder real bajo formas imperiales, necesitó apoyarse con grande confianza en la única fuerza moral favorable á la reacción, existente por aquel tiempo, es decir, en las creencias tradicionales católicas y en los católicos creyentes. Así preparó, desde las cumbres del consulado, la reacción imperial, trabando con el Pontífice un pontificio y cesáreo concordato, en cuyos cánones la desamortización y otras innovaciones económicas de los revolucionarios se salvaban, pero también se rehacían los dogmas, los cánones, la liturgia, las ceremonias del viejo catolicismo tradicional y ortodoxo. Como no pudo la revolución imponer á los creyentes sus inhábiles constituciones canónicas, quedando fuera de la Iglesia los clérigos juramentados y fieles á la República, no hubiera podido César Bonaparte formular desde arriba una religión cualquiera para que la creyesen y adorasen abajo. La reacción imperial vino después del concordato consular. Pues, si á un poder tan fuerte, como el poder cesarista, no le fué dado cambiar las creencias, menos érale dable tal cambio á un poder tan débil como lo es el poder republicano, sobre todo, en las horas de su aparición y de su nacimiento. Los partidarios de la República miden el arraigo, que ésta en la sociedad tiene, por el arraigo que tiene y fuerza en sus propias almas: error gravísimo, como si dedujérais la temperatura del aire de la temperatura del cuerpo. La República ha nacido, y siempre nacerá, en una sociedad tradicionalmente monárquica, entre las protestas y bajo las repugnancias de los más, es decir, de aquellos que amasan las costumbres y que urden las tradiciones. En tiempo de la Convención el partido republicano tenía los más sabios y los mejores y los más avanzados entre todos los franceses, quienes, magüer todo esto, constituían en aque-

lla larga sucesión de siglos, preparadores de la Francia tal como estaba el año noventa y dos, una insignificante y exigua minoría, considerados bajo una ley tan universal como la ley del número y de la cantidad. Así, después de hallarse mucho tiempo los pueblos monárquicos en República, ignoran lo que quiere significar esta palabra, cuyas sílabas á nosotros, los republicanos de abolengo, suele con la combinación de sus letras entusiasmarlos, verdaderos nominalistas. Michelet refiere cómo allá, por el año cuarenta y nueve, después de haber pasado Francia por dos Repúblicas, los campesinos de Normandía, región á París tan próxima, solían preguntarle si la República era casada ó soltera. En Bretaña corría como un dogma la fábula siguiente: el ministro de Estado se llamaba Lamartine, cognomen femenino en lengua francesa, y el ministro de Justicia se llamaba María, nombre también femenino. Pues bien, Ledru-Rollin, á quien llamaban ellos Roldan, se había instalado en los regios palacios como un Emperador nuevo, nombrando ministros á sus dos queridas; la Martina y la María. Comparad tal estado de los ánimos en las formas de gobierno recién creadas con el estado de los ánimos en las formas de gobierno transmitidas por la tradición, semejantes á la eternidad, y decidme luego, si puede hacer mucho, intentar mucho, cumplir mucho, una reciente, y por reciente, frágil ó tierna República.

Por tales razones yo sostuve siempre que la República española no podía innovar en materias religiosas y que se nos imponía una inteligencia con el Papa, si deseábamos apaciguar primero los espíritus españoles, y conjurar después la guerra carlista. Y sin encomendarme ni á Dios ni al diablo, anudé las relaciones diplomáticas estrechas, que tuvo mi gobierno republicano con el Pontífice católico, y nombré, de acuerdo con éste los obispos necesarios para proveer las sedes vacantes y gobernar la iglesia tradicional en España. Iluso entonces el partido republicano español; en una juventud que tenía mucho de la infancia; creía lo más fácil realizar un profundo cambio religioso, tan difícil, por no decir tan imposible, como la separación entre la Iglesia y el Estado, no establecida, ni en Italia, ni en Francia, ni en Inglaterra, ni en Suiza, ni en parte alguna de nuestro continente; sólo realizada, por una excepción increíble, allá, entre los sajones de América. Dada tal neurosis del partido republicano español, fácilmente puede imaginarse quien leyera estas líneas, el ruido armado por la cándida escuela republicana viendo restablecidas las relaciones entre Madrid y Roma, publicados los nuevos obispos en la *Gaceta* como en los tiempos del Rey. Se me ocurre inscribir aquí una, si queréis, pueril anécdota de aquellas circunstancias, porque, pueril y todo, encierra mucha filosofía y tiene mucha transcendencia, transcendencia inmanente, y, si es permitido hablar así, en todos los tiempos y en todos los países. Como nuestro gobierno republicano tenía muchos motores y pocos frenos, iba yo restableciendo las fórmulas y las prácticas de gobierno en todo aquello que me fuera posible. Y para el nombramiento de obispos, es decir, para las fórmulas de los decretos

publicados en la *Gaceta* nombrándolos, atúveme al ritual de los más consejeros y más católicos gobiernos. Por este ritual veníamos á decir, en sustancia, cumpliendo nuestros compromisos, que nombrábamos, valga por ejemplo, al padre Ceferino González, obispo de Málaga, en atención á sus virtudes y á su ciencia, de acuerdo con la Santa Sede. Había ocultado yo con suma reserva, por no frustrar mi obra, lo mismo las relaciones reanudadas con Roma, en virtud de mis facultades como presidente del Poder Ejecutivo de la República, que las presentaciones y los nombramientos de obispos. Así, un señor de muchas campanillas, cuyo nombre no quiero nunca recordar, menos ahora y aquí, con grande influencia entonces, influencia perdida por sus errores, y que no recobrará nunca, se presentó desfavorido en la Presidencia, reconviéndome amargamente y declarándome guerra parlamentaria implacable, porque yo había dicho que nombraba el obispo de Málaga en atención á su ciencia y á sus virtudes. «¿Pues qué quiere usted que dijera?» Le pregunté. «¿Quiere usted que dijera, sin empacho y sin escrúpulo, que nombraba obispo de tal sede á cual padre, atendiendo á su ignorancia y á sus vicios?» Tal estado de ánimo tenía el partido republicano español; y, como no lo cambie, no conseguirá de nuevo el poder; y si lo consigue, no lo conseguirá por mucho tiempo. Iguales supersticiones revolucionarias, idénticas á nuestras supersticiones hispanas, predominaron mucho tiempo en el partido republicano francés. Exceptuando á Julio Simón, los demás jefes del partido republicano, incluso Gambetta y Ferry, poníanse, al ver el nombre de un clérigo y el dogma de una Iglesia, como el toro se pone cuando lo torea en la plaza con un paño rojo. Así, declararon al clericalismo el mayor enemigo de la República; pusieron los dogmas del Estado en oposición abierta con los dogmas del clero; promulgaron en las leyes de Instrucción aquel artículo séptimo que limitaba la libertad de enseñar, tan sacra y respetable como la libertad de creer; arremetieron tristemente con las órdenes religiosas por medios violentísimos; y estaban á punto de alzarse contra Roma y cerrar para siempre al gobierno democrático las puertas del Vaticano, que no puede cerrar mientras tenga sus grandes aspiraciones; á civilizar el Oriente, redimir el Africa mediterránea, sobre todo, proteger los Santos Lugares, y representar en China los misioneros cristianos frente á la luterana Germania. Tal estado de lucha entre la Iglesia y la República, quebrantó á ésta por modo tan grave, que los reaccionarios religiosos pudieron á la demagogia más descabellada juntarse, levantando sobre los pavese de Francia un general de ocasión, acariciado, sin mérito alguno propio, por la fortuna, y falto de la inteligencia indispensable á los verdaderos estadistas, quien, á la postre, quizá no hubiese acabado su historia política, si no recurre al medio con que acabó su vida material, si no recurre al suicidio. Per fin, la República entra en un período de paz y de concordia, después de haberse conformado con la influencia natural, ejercida por el Papa en Francia, y de haber admitido un apotegma que tanto le repugnaba como este apotegma: se puede ser muy republicano y muy católico al

mismo tiempo. Así, los resellados del catolicismo en la República formarán, ya lo queramos ó ya no lo queramos, el núcleo de los futuros conservadores en Francia.

El proceder de la Convención y de la Comunidad en materias religiosas suscitaba un peligro inmenso, el peligro de que por Francia estallaran supersticiones religiosas, grandes é intensísimas, las cuales, á su término postrero, promovieran una de esas guerras civiles, tan asoladoras del suelo patrio y tan atentatorias á la unidad nacional. En aquellas noches de Navidad no podía ponerse coto á las devociones religiosas en manera ninguna, sin que fuesen á complicarse tales afectos, ajenos á la política y contrarios á todo carácter militante y batallador, con el culto universal de los monárquicos hacia la monarquía y con las facciones múltiples movidas ya casi en armas. Las fiestas de Navidad se refieren á la infancia. El parto de María, la noche de Belén, el niño en las pajas abrigado por el aliento de la mula y del buey, la llegada de los pastores con sus algazaras y con sus ofrendas, la circuncisión litúrgica, la presencia de los reyes magos, el censo de los Césares, la degollación de los inocentes, la fuga de toda la sacra familia en requerimiento del amparo egipcio; toda esta leyenda religiosa de la Natividad y sus fiestas eclesiásticas, se refieren á objeto tan tierno y tan piadoso, como la infancia, cuyos juegos promueven á un mismo tiempo la risa y el llanto en todas las familias. Así una gran parte de la población parisién, sobre todo de la población femenina, relacionaba estos recuerdos piadosísimos y estas ceremonias sacras de semana tan devota, con los padecimientos sufridos por los dos niños del Temple y por sus padres, igualmente amargados que José y María en las degollaciones del cruel Herodes y en los procelosos viajes al hospitalario Egipto. ¿Qué necesidad tenían los republicanos de añadir al sentimiento político inspirado por la cautividad del Rey un profundo sentimiento, como el religioso, capaz de inspirar todos los heroísmos y de promover todos los martirios? ¿Pues qué, tan lejos estaban los siglos, en que un fanatismo católico, fuera de toda medida y de toda regla, suscitaba la noche de San Bartolomé y las dragonadas de Luis XVI, para que se arriesgasen los innovadores á un movimiento regresivo, tan lleno de amenazas para lo porvenir y de crueles daños en lo presente? Las iglesias, cerradas por una violencia criminal, veíanse circuidas de fieles y devotos, los cuales demandaban libertad tan legítima, como el derecho á sus creencias y á sus oraciones. Así no debe maravillarnos trascendiese á guerra civil, y guerra civil religiosa, tanto el Norte como el Mediodía. Extremeciase como tierra volcánica el frío suelo de la Vendée. Las vírgenes en estas y otras regiones aparecían milagreado contra la República. Oculta la maldad del asesinato bajo una capa religiosa, no combatían los partidos en abierta guerra, se asesinaban mutuamente. Los bosques impenetrables del Maine, parecidos á verdaderas selvas druidicas, veían llegar, lanzando gritos de guerra, mezclados con exclamaciones de religión, á los dos Chuanes, fabricantes de almadreñas, convertidos en jefes de un movimiento católico, el cual comenza-